

Lo que esconde
tu nombre

Clara
Sánchez



Lo que esconde tu nombre

Clara
Sánchez

Premio Nadal 2010

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1176

© Clara Sánchez, 2010

© Ediciones Destino, S. A., 2010
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es

Primera edición: febrero de 2010

ISBN: 978-84-233-4251-8
Depósito legal: B. 4.058-2010
Impreso por Cayfosa
Impreso en España-Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

I

En manos del viento

Julián

Sabía lo que estaba pensando mi hija mientras me miraba hacer la maleta con sus penetrantes ojos negros y un poco asustados. Los tenía como su madre y los labios finos como yo, pero según se hacía mayor y su cuerpo se ensanchaba había acabado pareciéndose más y más a ella. Si la comparaba con fotos de Raquel de cuando tenía cincuenta años eran como dos gotas de agua. Mi hija pensaba que era un viejo loco y sin remedio obsesionado por aquel pasado que ya a nadie le importaba y del que no era capaz de olvidar ni un día, ni un detalle, ni una cara, ni un nombre, aunque fuese un largo y difícil nombre alemán, y sin embargo a menudo tenía que hacer un gran esfuerzo para recordar el título de una película.

Y por muy buena cara que me esforzara en poner no podía evitar darle pena, porque aparte de viejo y loco tenía una arteria obstruida, y a pesar de que el cardiólogo, para no asustarme, me había dicho que la sangre buscaría un recorrido alternativo esquivando la arteria perdida, no me hacía ilusiones de poder regresar. Así que besé a mi hija con el que para mí era el último beso que le daba, tratando, eso sí, de que ella no se diese cuenta. Alguna tendría que ser la última vez que me viese y prefería que fuese vivo y haciendo el equipaje.

Aunque la verdad era que jamás se me habría pasado por la cabeza semejante locura en mi estado si no hubiese recibido una carta de mi amigo Salvador Castro, Salva, que no había vuelto a ver desde que nos jubilaron en el Centro, montado para dar caza a los oficiales nazis desperdigados por el mundo. Y el propio Centro se estaba jubilando a sí mismo según sus objetivos iban llegando al límite de la vejez y muriendo y esos monstruos moribundos se iban librando de nosotros una vez más. En la mayoría de los casos había sido el miedo el que les había mantenido alerta y les había ayudado a escapar, y nos tenían miedo porque les odiábamos. Sólo habían tenido que aprender a oler nuestro odio para salir corriendo.

Cuando toqué el sobre en mi casa de Buenos Aires y vi el remite sentí un sobresalto que casi me deja en el sitio y después una emoción inmensa. Salvador era uno de los míos, el único que quedaba sobre la tierra que sabía quién era yo de verdad y de dónde venía y de qué sería capaz para no morir y para lo contrario. Nos conocimos muy jóvenes en un pasillo estrecho que hay entre la vida y la muerte que los creyentes llaman infierno y los no creyentes, como yo, también. Tenía un nombre, Mauthausen, y no se me ocurría que el infierno pudiera ser de otra manera ni peor. Y, mientras mi cabeza luchaba una vez más por salir del infierno, cruzábamos el cielo entre nubes blancas y las azafatas dejaban un agradable olor a perfume al pasar a mi lado y yo iba cómodamente estirado en el asiento, a más de veinte mil pies de altura, en manos del viento.

Salva me decía que llevaba varios años retirado en Alicante en una residencia de ancianos. Una residencia muy buena, soleada, entre naranjos y a pocos kilómetros del mar. Al principio entraba y salía de la residencia cuando le daba la gana, era como un hotel, con una habitación con baño para él solo y menú a la carta. Luego

tuvo problemas de salud (no explicaba cuáles) y dependía de otros para que lo llevaran y trajeran del pueblo. Pero a pesar de los inconvenientes no había dejado de trabajar, a su modo y sin ayuda de nadie. «Hay cosas que no se pueden dejar así como así, ¿verdad, Julianín?, es lo único que puedo hacer si no quiero ponerme a pensar en lo que me espera. ¿Recuerdas?, cuando entré allí era un chico como tantos.»

Le comprendía casi sin límite y no quería perderle, como no se quiere perder un brazo o una pierna. «Allí» ya sabíamos lo que era, el campo de exterminio donde habíamos coincidido trabajando en la cantera. Salva sabía lo que yo había visto y padecido, y yo lo que había visto él. Nos sentíamos malditos. A los seis meses de la liberación, con un aspecto que daba asco y que tratábamos de ocultar con un traje y un sombrero, Salva ya se había enterado de que existían varias organizaciones cuyo objetivo era localizar nazis y cazarlos. Nosotros nos dedicaríamos a eso. Cuando nos liberaron nos enrolamos en el Centro Memoria y Acción. Salva y yo éramos dos de los miles de republicanos españoles que entramos en los campos, y no queríamos que nos compadecieran. No nos sentíamos como héroes, sino más bien como unos apestados. Éramos víctimas, y nadie quiere a las víctimas ni a los perdedores. Otros no tuvieron más remedio que callar y sufrir el miedo, la vergüenza y la culpa de los supervivientes, pero nosotros nos convertimos en cazadores; él más que yo. En el fondo me dejé llevar por su furia y su sentido de la venganza.

Fue idea suya. Cuando salimos de allí, yo sólo quería ser normal, incorporarme a la humanidad normal. Pero él me dijo que eso era imposible y que habría que seguir sobreviviendo. Y tenía razón, nunca he podido volver a ducharme con la puerta cerrada, ni he soportado el olor de orines, ni siquiera los míos. En el campo, Salva tenía

veintitrés años y yo dieciocho, era físicamente más fuerte que él. Cuando nos liberaron, Salva pesaba treinta y ocho kilos. Era delgado y blanco y melancólico y muy inteligente. A veces tenía que darle algo de lo que allí llamábamos comida, mondas de patatas en agua hervida, algo de pan rancio; no por compasión, sino porque necesitaba a Salva para seguir adelante. Recuerdo que un día le dije que no entendía por qué luchábamos por vivir cuando sabíamos que íbamos a morir y él contestó que todos íbamos a morir, también los que estaban en sus casas sentados en un sillón con una copa y un puro. La copa y el puro representaban para Salva la buena vida a la que ha de aspirar todo ser humano. Y la felicidad consistía en encontrar una chica que le hiciese volar. También creía que todo ser humano tiene derecho a volar alguna vez en su vida.

Para vencer el terror, en lugar de cerrar los ojos y no querer ver ni saber, Salva era partidario de tenerlos bien abiertos y reunir toda la información posible: nombres, caras de guardias, graduación, visitas de otros oficiales al campo, organización. Me decía que recordara todo lo que pudiera porque más adelante lo necesitaríamos. Y la verdad era que mientras tratábamos de recordarlo todo nos olvidábamos un poco del miedo. Enseguida supe que Salvador tenía el convencimiento de que no iba a acabar en aquella cantera, ni yo tampoco si estaba con él.

Cuando se abrieron las puertas y salimos, yo corrí atolondrado y llorando, mientras que Salva salió con una misión. No podía tenerse en pie, pero tenía una misión. Consiguió localizar y llevar ante los tribunales a noventa y dos nazis de alta graduación; a otros no tuvimos más remedio que secuestrarlos, juzgarlos y ejecutarlos. Yo no fui tan hábil como Salva, me ocurrió todo lo contrario. Nunca pude cerrar con éxito un expediente, al final los cogían otros o escapaban. Parecía que el destino se reía de mí. Los localizaba, los perseguía, los acorralaba y, cuando

estaba cerca, se escurrían, desaparecían; tenían un sexto sentido para salvarse.

Salva me enviaba en la carta un recorte de un periódico publicado por la colonia noruega de la Costa Blanca, en cuya portada aparecía la foto del matrimonio Christensen. Fredrik tendría ochenta y cinco años y Karin alguno menos. Fue fácil reconocerlos porque no habían considerado necesario cambiar de nombre. Según Salva, el artículo no los delataba, simplemente hablaba de la fiesta de cumpleaños que este anciano de aire respetable había celebrado en su casa y a la que habían acudido numerosos compatriotas. Reconocí sus ojos de águila que planean sobre la presa. Eran esos ojos que se te quedan grabados de por vida. La foto no era muy buena. Se la habrían hecho junto a su mujer en la fiesta y la habrían publicado como regalo. Y mira por dónde allí estaba Salva para verla. Fredrik no había tenido compasión, estaba de sangre hasta el cuello, quizá porque al no ser alemán, aunque fuese muy ario, tenía que demostrar que era de fiar, debía ganarse el respeto de los superiores. Sirvió en varios regimientos de las Waffen-SS y fue el responsable del exterminio de cientos de judíos noruegos. Me hacía una idea de lo cruel que tuvo que ser para convertirse en el único extranjero merecedor de la cruz de oro.

Aparecían sentados en un sofá, uno junto al otro. Las grandes y huesudas manos de él desplomadas en las rodillas. Incluso sentado se le veía enorme. Era muy difícil que pasara desapercibido. A ella, en cambio, era más difícil reconocerla. La vejez la había deformado más. No necesitaba rebuscar en mi memoria, había sido una de tantas jóvenes rubias de cara redonda e ingenua y con el brazo en alto que llenaban mis archivos.

«No veo bien, me tiembla el pulso, me serías de mucha ayuda, así que si no tienes otra cosa mejor que hacer, te espero. Quién sabe, puede que tú sí que encuentres la eter-

na juventud», me decía Salva en la carta. Seguramente se refería al sol y la copa y el puro. Y no pensaba fallarle. Al fin y al cabo yo había tenido la suerte de casarme con Raquel y formar una familia, mientras que él estaba entregado a la causa en cuerpo y alma. Raquel tenía el don de hacer lo malo bueno, y me tomé como otro castigo el que ella muriese antes que yo y que sus buenos pensamientos desapareciesen del mundo y quedasen los míos. Pero al cabo del tiempo me di cuenta de que Raquel no me había abandonado del todo y que pensar en ella me traía paz y me llenaba la mente de pequeños rayos de sol.

Mi hija quería acompañarme, le asustaba que pudiera fallarme el corazón. La pobre pensaba que a mi edad todo resulta más duro, y era verdad. Pero también era verdad que prefería morir haciendo esto que atormentándome por si me subía el azúcar. Además, por una vez las cosas podían cambiar y podía ser que el corazón le fallase a Fredrik Christensen antes que a mí. Por muy viejo que él fuese, siempre pensaría que podía vivir un poco más, siempre le mortificaría que apareciésemos en su vida y que al final, después de haber logrado escapar durante tanto tiempo, le metiésemos el miedo en el cuerpo.

Me ilusionaba pensar que Salva y yo llegaríamos hasta el sofá de la foto y que nada más vernos Fredrik se cargaría en los pantalones.

Sandra

Mi hermana me dejó su casa de la playa para que pensara con tranquilidad sobre lo que me convenía, si casarme o no con el padre de mi hijo. Estaba de cinco meses y cada vez veía menos claro que quisiera formar una familia, aunque también era verdad que había dejado el trabajo que tenía, como una completa inconsciente, precisamen-

te ahora que el trabajo estaba tan mal, y que iba a ser duro ocuparme yo sola del niño. De momento iba y venía con la criatura en la barriga, pero después... ¡Vaya mierda! ¿Acabaría casándome por comodidad? Quería a Santi, pero no tanto como sabía que podría llegar a querer. Santi estaba a un palmo, sólo a un palmo, del gran amor. Aunque también podría ocurrir que el gran amor nada más existiera en mi mente, como el cielo, el infierno, el paraíso, la tierra prometida, la Atlántida y todas esas cosas que no se ven y que de antemano sabemos que nunca veremos.

No tenía ganas de tomar ninguna decisión definitiva. Me encontraba bien pensando a la ligera y sin agobios en distintas posibilidades tan inalcanzables de momento como las nubes mientras en el frigorífico quedaba comida y mi hijo aún no había salido fuera y no me pedía nada. Era una situación bastante buena, que lamentablemente duraría poco porque mi hermana ya había encontrado un inquilino para el mes de noviembre.

Estábamos a finales de septiembre y todavía podíamos bañarnos y tomar el sol. A mediados de mes, las casas de los alrededores ya se habían cerrado hasta el próximo verano o para ser usadas algunos fines de semana y en los puentes largos. Sólo seguían funcionando durante todo el año algunas, como la nuestra, que por la noche, al ser tan pocas y estar tan desperdigadas, con las luces encendidas resultaban tremendamente solitarias. Y esta sensación me gustaba, hasta que echaba de menos a alguien con quien hablar o que estuviese por allí haciendo ruido y entonces me daba por acordarme de Santi. Eran momentos de debilidad, esos momentos que sirven para que las parejas aguanten juntas mucho tiempo, como mis padres. Solamente pensar en ellos me daba valor para afrontar los ratos de soledad. Sabía que si no los afrontaba ahora ya no los afrontaría nunca el resto de mi vida.

Para ir a la playa de arena tenía que coger la motocicleta, una Vespingo que me habían advertido mi hermana, mi cuñado y mis sobrinos, una y otra vez, que no se me ocurriera aparcar sin echarle la cadena. En cuanto desayunaba y regaba las plantas (una de las obligaciones que mi hermana me había impuesto), metía en una bolsa de plástico de Calvin Klein una revista atrasada, que había cogido de una cesta de mimbre, una botella de agua, la visera y una toalla, y me marchaba a tumbarme en la arena. Bajo el sol, no había penas. Los turistas prácticamente habían desaparecido. Casi siempre me encontraba con la misma gente por el tramo que solía recorrer a paso ligero cuando me cansaba de estar tumbada: una señora con dos perritos, varios pescadores sentados al lado de las cañas tirantes, un negro con chilaba que no debía de tener un sitio mejor adonde ir, los que corrían por la playa y una pareja de jubilados extranjeros bajo una sombrilla de flores grandes con los que ya cruzaba miradas de hola y hola.

Y gracias a ellos aquella mañana no perdí el conocimiento y no me caí redonda en la arena, sólo me puse de rodillas y vomité. Hacía demasiado calor, uno de esos días en que se dispara el termómetro como si se hubiese roto. La gorra con visera daba poca sombra y se me había olvidado la botella de agua. A veces tenían razón cuando me decían que era un desastre. Me lo decían todos los que tenían alguna confianza conmigo. Si no me lo decían antes, me lo decían después, eres un desastre, y si te lo dice todo el mundo toda tu vida, por algo será. Al incorporarme en la toalla, sentí náuseas, todo me daba vueltas, aun así logré llegar tambaleándome a la orilla para refrescarme y fue entonces cuando no pude más y eché la papilla. Había desayunado demasiado, desde que estaba embarazada el miedo a desfallecer me hacía comer hasta que no podía más. Fue entonces cuando la pareja de ju-

bilados extranjeros se acercó corriendo todo lo deprisa que los ancianos son capaces de correr sobre la arena ardiente. Tardaron una eternidad en llegar, yo hundía las manos en la arena mojada tratando de agarrarme hasta que la arena se deshacía una y otra vez.

Dios mío, no dejes que me muera, estaba pensando cuando unas manos grandes y huesudas me sujetaron. Luego sentí frescor de agua en la boca. Una mano me empapaba la frente y me la pasaba por el pelo. Oía sus palabras, extrañas y lejanas, no entendía nada. Me sentaron en la arena y vi que era la pareja extranjera. El hombre trajo una sombrilla, la sombrilla de flores grandes en la que ellos siempre se resguardaban y con la que marcaban su territorio. Evidentemente era más fácil traer la sombrilla aquí que llevarme a mí hasta la sombrilla.

—¿Te encuentras bien? —fueron sus primeras palabras en castellano.

Asentí.

—Podemos llevarte al hospital.

—No, gracias, me ha sentado mal el desayuno.

La mujer tenía los ojos pequeños y azules y los detuvo sobre la barriga, que me sobresalía del biquini un poco abultada y redonda. No dejé que me preguntara.

—Estoy embarazada. A veces la comida no me cae bien.

—Ahora descansa —dijo ella dándome aire con un paipai de propaganda donde vi dobles las palabras Nordic Club—. ¿Quieres más agua?

Bebí más agua mientras me observaban sin parpadear, como si me sostuvieran con sus miradas.

Al rato, cuando ya debían de estar más mareados que yo, se empeñaron en acompañarme hasta la moto y después en seguirme con su coche por si desfallecía por la carretera. Íbamos tan despacio que todo el mundo nos pitaba y en cuanto me metí por el camino en cuyo mar-

gen izquierdo la casa de mi hermana parecía metida con calzador, toqué el claxon y les dije adiós con la mano.

Quizá debería haberles pedido que entraran a tomar algo, a sentarse un rato en el porche, por donde solía correr una brisa bastante agradable. Me odiaba a mí misma por no haber sido más amable, puesto que les había fastidiado su mañana de playa, aunque también era cierto que el que alguien interrumpiera la monotonía de estas parejas de ancianos que se pasaban el día en plan contemplativo tampoco les vendría mal. Me mojé con la manguera y me tumbé a la sombra en una hamaca. No quería pensar en el mareo de la playa porque no quería sentirme débil, de ahora en adelante tendría más cuidado porque la verdad era que mi cuerpo ya no era el mismo y me daba sorpresas.

Julián

Me fastidió tener que gastarme parte de los ahorros en un asiento clase *business*, lo hice para tranquilizar a mi hija y también porque me interesaba llegar a mi destino en la mejor forma posible y que el viaje no fuese en balde, y precisamente por eso me limité a tomarme el menú con una cerveza sin alcohol y, después de sacudirme los demonios de encima como pude, a dormir como un bendito, mientras el resto de viajeros no paraba de meterse entre pecho y espalda whiskies «en las rocas».

No contaba con que Salva fuese a buscarme al aeropuerto de Alicante, ni siquiera había contestado a la carta donde le decía qué día llegaba. ¿Cómo estaría ahora? Puede que no le reconociese. Ni él a mí, claro está. De todos modos, miré los carteles que pacientemente sostenía la gente que esperaba tras el cordón de seguridad y me dejé ver lo más posible con la esperanza de que Salva

de pronto viniese hacia mí y me abrazara. Hasta que más o menos al cuarto de hora decidí irme a la estación de autobuses y tomar uno que me llevase a Dianium, el pueblo, a unos cien kilómetros, donde había reservado hotel y por cuyos alrededores vivían los Christensen y, algo más lejos, Salva en la residencia.

No fui directamente al hotel. Al salir del autobús tomé un taxi y le pedí al taxista que me llevara a la residencia de ancianos Tres Olivos para luego regresar al casco urbano del pueblo.

Colocó la maleta en el maletero y tiramos hacia el interior entre olor a pino recalentado, y al rato el taxista me preguntó extrañado si no iba a quedarme en la residencia. No me molesté en contestar, fingí que iba ensimismado en el paisaje, lo que también era cierto. Estaba atardecido y me pareció maravilloso. Tierra roja, bosquesillos, viñas y huertas y pájaros que bajaban a picotear. Me acordé de cuando de niño, antes de que nada tuviera importancia, mis padres nos llevaban de vacaciones a la playa. Me palpé los bolsillos de la chaqueta comprobando que no me había olvidado nada en el avión ni en el autobús. Empezaba a preocuparme que el cansancio me hiciera perder reflejos sin darme cuenta.

La residencia tenía un jardín más pequeño de lo que me había hecho imaginar Salva, pero estaba en pleno campo y eso parecía bueno, aunque de mayores nos gusta más ver gente que árboles. No hacía falta llamar al timbre, estaba abierto y pasé a un comedor donde empezaban a colocar las mesas para la cena. Le pregunté a la camarera por Salva, le dije que venía de muy lejos para verle, y ella, tras mirarme extrañada, me dirigió a una pequeña oficina donde una mujer grande y fuerte, con una vitalidad bárbara, me dijo que mi amigo había muerto. Y cuando

le enseñé el sobre que había recibido me explicó que él mismo pidió que lo echaran al correo sin más después de su defunción. Defunción, vaya palabra. Lo habían incinerado y la ropa la habían enviado a una parroquia por si algún pobre la quería. Había muerto de una insuficiencia generalizada, su organismo había dicho basta.

Me dijo, sin que yo le preguntara, que no había sufrido.

Di una pequeña vuelta por el jardín y me imaginé allí a Salva, débil y encogido, resistiendo, mirando el cielo algunas veces mientras pensaba en lo que tenía entre manos, sin perder de vista sus objetivos. Hacía muchos años que no teníamos contacto, desde que dejaron de considerarnos útiles en el Centro, y yo preferí dedicarme a mi familia y hacer alguna pesquiza por mi cuenta, que nunca dio frutos. Traté de atar los cabos sueltos de Aribert Heim, el criminal nazi más buscado del mundo, y de Adolf Eichmann, sin ninguna suerte. Y me costaba trabajo creer que en ese tiempo Salva dejase de trabajar, seguramente siguió reuniendo material y dándoselo en bandeja a otros para que se llevaran la gloria. Y ahora me había tocado a mí. Me dejaba su último descubrimiento, que sólo tendría valor si yo era capaz de destaparlo. Cuando supo que iba a morir pensó en mí, se acordó de este amigo y me dejó una herencia envenenada, como no podía dejar de ser cualquier cosa que viniera de nuestras atormentadas almas. Me habría gustado tanto hablar con él, verle por última vez. Ya no quedaba nadie que lo supiera todo de mí, que conociera mi infierno tal como fue. Ahora un tono plateado sin brillo iba apagando la tarde.

Volví a entrar en el taxi y después de indicar que íbamos al hotel Costa Azul tuve que sacar el pañuelo del bolsillo y sonarme. La visión de la residencia, cada vez más pequeña, donde Salva me escribió su última carta, hizo que los ojos se me llenasen de lágrimas; eran lágri-

mas flojas que sólo mojaron el cerco de los ojos, pero que significaban que estaba vivo. Había sobrevivido a Salva sin ganas, como había sobrevivido a Raquel a mi pesar.

El taxista me echó un vistazo por el retrovisor. Qué lejos estaba su juventud de mi vejez, era inútil contar nada, explicar nada, era inútil decirle que mi amigo había muerto porque pensaría que a nuestra edad era natural morir. Sin embargo, nada era natural, porque si fuese natural no nos parecería extraño e incomprensible. ¿Era yo digno de seguir viendo estos hermosos campos plateados? Raquel me habría echado una bronca por pensar así, me habría llamado masoquista y bicho raro. Después de todo Salva y yo llevábamos sin vernos mucho tiempo, desde que me instalé en Buenos Aires con Raquel, y él siguió con su vida de acá para allá; nunca me hubiese imaginado que se hubiera recluido en una residencia. Y como él mismo decía, no sólo nosotros moríamos, moría todo el mundo, toda la humanidad y no había más remedio que conformarse.

Al llegar al hotel me entretuve deshaciendo la maleta y colocando la ropa en el armario y luego estudiando el mapa de la comarca y tratando de localizar la casa de Fredrik y Karin Christensen en una zona alta y boscosa llamada el Tosalet. Como no quería acostarme muy pronto, para ir superando el *jet-lag* bajé al bar del hotel para tragarme las pastillas de la noche con un vaso de leche caliente. Una barman con chaleco rojo, que hacía malabarismos con los vasos y los cubitos de hielo, me preguntó si quería un chorrito de coñac en la leche. Le contesté que por qué no, y mientras me lo servía me entretuve mirándola y ella me sonrió con una sonrisa radiante y hermosa. Seguramente tendría un abuelo al que había que animar de vez en cuando. Cuando ya empeza-

ba a sentirme confuso por el cansancio, pedí en recepción que me aclararan algunas dudas sobre el mapa y reservé un coche de alquiler para el día siguiente. No me sorprendió que me preguntaran si tenía el carné de conducir en regla, era algo que en los últimos tiempos ocurría a menudo. Si hubiera tenido tiempo me habría sentido ofendido, pero tenía otras cosas más importantes en la cabeza que ser viejo y que me trataran como tal, tenía que cumplir la misión de Salva.

La habitación no era gran cosa. Daba a una calle y a través de los visillos se veía la iluminación de unos cuantos bares. Me tumbé en la cama, hacía tiempo que no me sentía tan relajado. Volvía a la vieja costumbre de estar solo en los hoteles, la costumbre de no contarle a nadie lo que de verdad estaba haciendo, con la diferencia de que ahora no esperaba nada porque después de esto no habría más.

Qué más daba que el mundo entero tuviera más fuerza y menos años que yo. Yo tenía la enorme ventaja de no esperar nada. Me sentía..., me sentía, ¿cómo explicarlo?, me sentía conforme. Cuando noté que iba a dormirme me desnudé, me puse el pijama, apagué el aire acondicionado, me quité las lentillas y me puse las gafas de culo de vaso que usaba para leer en la cama; por lo menos la dentadura era fija. Qué tiempos aquellos en que sólo me necesitaba a mí mismo para ir de un lado a otro, sin trastos. Cerré los ojos y me encomendé a Raquel y a Salva.

Me despertaron los rayos de sol que atravesaban los visillos. Me duché y me afeité con la maquinilla eléctrica que mi hija había echado en la maleta a regañadientes porque decía que era una tontería no aprovechar el kit de

afeitado del hotel. Me dejé la cara suave, ni siquiera cuando estuve enfermo en el hospital había dejado de afeitarme, ni siquiera en los momentos más difíciles de mi vida. Mi mujer decía que la manera meticulosa de afeitarme era mi marca personal, y puede que tuviese razón. Desayuné más de lo normal porque el bufé entraba en el precio de la habitación y porque así al mediodía sólo tendría que tomarme un tentempié, y cenaría temprano.

El coche de alquiler no me lo traerían hasta las doce, así que me fui dando un paseo hacia el puerto y me compré en un puesto del Paseo Marítimo un sombrero panamá que costaba veinte euros y que me daba más sombra que la gorra de visera que llevaba puesta. Mi hija había insistido en que no me trajera tantas cosas que podría comprar aquí en cualquier parte, pero a mí me parecía un despilfarro dejarlas allí para que luego no supieran qué hacer con ellas. Aunque hacía bastante calor, no tenía más remedio que llevar chaqueta, afortunadamente ligera, porque necesitaba bolsillos donde guardar las gafas por si se me caía una lentilla (las de sol las sacaba y las metía del bolsillo de la camisa), la cartera con el dinero y las tarjetas de crédito, una libreta donde tomar notas y la cajita de las pastillas. Cuando era joven también cargaba con el Marlboro y el mechero. Por suerte el móvil podía dejarlo en el hotel, porque nada más cruzar el charco había dejado de funcionar. Me gustaba llevarlo todo repartido por los bolsillos, me equilibraba el peso. Mi hija me compró una vez una mochila, pero me la dejaba olvidada por ahí porque no me parecía que fuese mía. Siempre que he podido he llevado traje, como poco pantalón y chaqueta de distinta clase, y en invierno abrigo de lana *beige* hasta media pierna, la verdad es que no sabría vivir sin estas pequeñas costumbres.

Me senté en una terraza a tomarme un café y a hacer

tiempo estudiando de nuevo el mapa. El café era el único hábito perjudicial que no había dejado y que no pensaba dejar, me negaba a pasarme al té verde como los pocos amigos que me quedaban. Lo peor de ser viejo es que uno se va quedando solo y convirtiéndose en un extranjero en un planeta en el que todo el mundo es joven. Pero yo aún tenía a mi mujer dentro de mí, y mi hija debía vivir su vida sin tener que cargar con la mía y con todo el mal que se había paseado por ella. En mi balanza el odio pesaba mucho, pero también, gracias a Dios, pesaba el amor, aunque lamentablemente, todo hay que decirlo, el odio le había quitado mucho sitio al amor.

Pensé, tomándome el café en esta terraza —un café *espresso* bastante bueno, por cierto—, que cuando se ha conocido el mal, el bien sabe a poco. El mal es una droga, el mal es placentero, por eso aquellos carniceros cada vez exterminaban más y eran más sádicos, nunca tenían bastante. Le quité la etiqueta al sombrero, me lo puse y me guardé la gorra en un bolsillo. Si aún viviera Raquel, le compraría otro a ella. Le quedaba bien cualquier sombrero, luego dejaron de llevarse y las mujeres perdieron elegancia. No hacía mucho me había dicho un médico que a mi edad la memoria es una memoria cristalizada, lo que quiere decir que se recuerdan mejor los acontecimientos lejanos que los recientes. Era verdad, ahora me daba por acordarme con todo lujo de detalles del sombrero que llevaba Raquel cuando nos casamos, allá en el año cincuenta, una mañana luminosa de primavera.

Sandra

Al día siguiente no me arriesgué a ir a la playa, no tenía ganas de coger la moto y me conformé con bajar a un pequeño supermercado que había a quinientos metros;

lo suficiente para darme un paseo y comprar unos zumos. Tuve todo el día para hacerme comida sana, leer y estar tranquila. El limonero y el naranjo le daban al pequeño jardín aire de paraíso, y yo era Eva. El paraíso y yo. Mi hermana me había dejado pilas de ropa sucia para que las fuera lavando. Debía regar por la mañana y al atardecer y meter ropa en la lavadora y tender y luego recogerla y doblarla y, si salía de mí, plancharla. Si le hacía caso, me podría pasar todo el tiempo trabajando, ¿de dónde habría sacado tanta ropa sucia? Creo que me había dejado instalarme en la casa para obligarme a hacer algo y que a su entender acabara sirviendo para algo. Puede que se hubiese pasado varios días ensuciando ropa. Le gustaba mandar de tal modo que no pareciese que estaba mandando. Yo misma había tardado años en darme cuenta de que me mandaba y me obligaba a hacer, sin que me diera cuenta, cosas que no quería hacer.

Y estaba precisamente cumpliendo con el riego del atardecer, después de la siesta, cuando oí el sonido de un coche que aparcaba junto a la cancela de la entrada. Oí cómo se cerraban las puertas del coche y pasos lentos, hasta que los vi. Eran ellos, los ancianos que me habían echado una mano en la playa. Parece que se alegraron de verme, yo también me alegré, llevaba demasiado tiempo rumiando a solas. Cerré la manguera y me acerqué a ellos.

—¡Qué sorpresa! —dije.

—Nos alegramos de verte recuperada —dijo él.

Hablaban muy bien mi lengua, aunque con acento. No era inglés, ni francés. Tampoco era alemán.

—Sí, he estado descansando, casi no he salido de aquí.

Les invité a entrar y a sentarse en el porche.

—No queremos molestar.

Les serví té en una bonita tetera de cobre que tenía mi hermana en una alacena imitación a antigua. No les dije

nada de café porque no había encontrado ninguna cafetera.

Se lo tomaron a pequeños sorbos mientras les contaba que no estaba segura de si estaba o no enamorada del padre de mi hijo y que no quería empezar esta nueva etapa de mi vida metiendo la pata. Me escuchaban con gran comprensión y a mí no me importaba que lo supieran todo sobre mí, por lo menos lo que más me comía el tarro, no me importaba porque eran unos desconocidos, era como contárselo al aire.

—Dudas de juventud —dijo él cogiéndole la mano a su mujer. Se notaba que había estado muy enamorado y que ahora no podría pasar sin ella. Ella era un enigma.

No era un hombre que sonriera, pero era tan educado que parecía que sonreía. Su enorme estatura hacía que el sillón de mimbre pareciese de juguete. Era muy delgado, se le marcaban los pómulos, los parietales y absolutamente todos los huesos. Llevaba un pantalón gris de verano y una camisa blanca de media manga, y era muy pulcro.

—Mañana si quieres podemos venir a buscarte, te llevaremos a la playa con nosotros y luego te traeremos de vuelta —dijo él.

—Para nosotros será una diversión —dijo ella sonriendo de verdad con unos pequeños ojos azules que quizá alguna vez fueron bonitos pero que ahora eran feos.

En lugar de contestar, les serví más té. Estaba sopesando la situación. Nunca había entrado en mis cálculos hacerme amiga de dos ancianos. En mi vida normal, los ancianos con los que me relacionaba eran de la familia, nunca amigos.

Se miraron hablándose con los ojos y se soltaron para poder coger las tazas.

—Vendremos a las nueve, ni muy temprano ni muy tarde —dijo él, y se levantaron.

Ella parecía contenta, se le animaron mucho los ojos. Seguramente era la que llevaba la voz cantante en la pareja. Era ella a quien se le ocurrían cosas que hacer, la que tenía caprichos. Tal vez yo era un capricho de esta señora, lo que en principio no era bueno ni malo.

Ella me puso la mano en el brazo, me lo sujetó como si intentara que no escapase.

—No necesitas llevar nada, yo me encargaré de todo. Tenemos una nevera portátil.

—Fredrik y Karin —dijo él tendiéndome la mano.

Yo también se la tendí y le di un beso a Karin en una cara de gesto alegre y amargo al mismo tiempo. Hasta ahora no había sabido sus nombres y no me había dado cuenta de que no los sabía, quizá porque hasta ahora no me habían importado, habían sido completamente ajenos, gente que pasa por la calle.

—Sandra —dije yo.

Nunca había conocido a mis abuelos, murieron cuando era pequeña, y ahora la vida me recompensaba con estos dos abuelos de los que no me importaría ser su nieta favorita o mejor su única nieta, la depositaria de todo su cariño y... de todos sus bienes, esos bienes fabulosos por los que no hay que luchar, ni siquiera desearlos, porque se merecen nada más nacer. Quizá lo que no me habían dado los lazos de sangre me lo daba el destino.

Julián

Entre pitos y flautas hasta la una no pude poner el coche en marcha. Abrí la ventanilla porque prefería el aire de la calle al aire acondicionado. Tuve que pararme en una gasolinera y en un quiosco para preguntar por el Tosalet hasta que me encontré en una larga carretera de curvas donde era imposible preguntarle a nadie, y luego entré

en una zona boscosa en que las casas estaban medio hundidas entre árboles de quince metros y como mucho se oía el ladrido de algún perro. Y quizá porque había perdido mis mejores reflejos con la edad, me costó bastante dar con la calle donde supuestamente vivía Fredrik Christensen. Pero al final di con ella y con el nombre de la casa, Villa Sol, un nombre nada original en estas latitudes.

Era como un fortín, prácticamente no se veía nada del interior, y no quería que los vecinos me pillaran husmeando, porque el hecho de que yo no pudiera verles a ellos no quería decir que ellos no me viesan a mí. Dominaba el silencio y un pesado olor a flores. ¿Qué tenía que ver esto con el sufrimiento, la humillación, la miseria y la crueldad sin límites? Igual que en el periódico, tampoco en el buzón estaban disfrazados los nombres. Ponía Fredrik y Karin Christensen.

Las puertas eran metálicas y estaban pintadas de verde oscuro tanto la corredera para que entrara el coche como la pequeña para las personas, y a su alrededor la hiedra amenazaba con taparlas. Hice como que me quedaba admirando las plantas trepadoras, esperando oír algún ruido, algún movimiento en el interior, y volví al coche. Lo había dejado aparcado en la parte más ancha que había encontrado dos o tres calles más arriba y que, ahora me daba cuenta, me podría servir de punto de vigilancia, puesto que la calle era de una sola dirección y obligatoriamente tendrían que salir por aquí.

Pero sería más tarde o quizá mañana. Se habían hecho las tres y media, hora de comer algo para tomarme las pastillas y echarme un rato, no quería despilfarrar mis pocas energías el primer día.

Me costó trabajo aparcar por los alrededores del hotel y cuando lo logré eran más o menos las cuatro y cuarto. Pedí en un bar que me hicieran una tortilla francesa y un

zumos de naranja y para rematar me tomé un cortado. El café era tan bueno como el de la mañana. Sentía cierta euforia, estaba contento y llamé a mi hija. La tranquilicé, le dije que me encontraba mejor que nunca, que el cambio de aires me estaba viniendo bien, que me ensanchaba los pulmones. No le conté que mi amigo Salva había muerto.

Le dije que ya habíamos localizado la casa de Christensen y que enseguida empezaríamos a vigilar. A mi hija no le gustaba nada oírme hablar así, todo lo que le sonara a obsesión le hacía decir «¡ya!», así que cambié de tema y le dije que era un sitio perfecto para pasar unas vacaciones, con muchas colonias de gente mayor extranjera. Y añadí algo que sabía que le agradaría: aprovecharía para ir mirando casas en alquiler y en venta, casas blancas con porche y un pequeño jardín para retirarme a vivir aquí y para que ella viniera a pasar todo el tiempo que quisiera.

—¿Y con qué dinero? —dijo ella, que era lo que decía cuando una idea empezaba a gustarle.

Quizá había sido muy egoísta con Raquel y lamentablemente continuaba siéndolo con nuestra hija. No la dejaba respirar, no la dejaba olvidarse del mal. Se lo recordaba constantemente persiguiendo demonios. Ella siempre decía que no tenía tiempo de arreglar el mundo y que quería ser una persona normal, una persona a la que no le hubiese ocurrido lo que le ocurrió a su familia, que por lo menos tendría derecho a eso, ¿o no?

Y yo me preguntaba si era justo que Karin y Fredrik viviesen rodeados de flores y de inocencia.

Al llegar a la habitación del hotel, me tumbé en la cama vestido, me medio tapé con la colcha y encendí la televisión. No quería dormirme pero me amodorré y cuando

abrí los ojos estaba anocheciendo y sentía el hormigueo del mando en la mano. Había descansado y también me había atontado y fui dando tumbos hasta el baño como si estuviera borracho. No me había quitado las lentillas y me escocían los ojos. Saldría a dar una vuelta hasta el puerto para respirar aire fresco de primera mano. La carretera hasta el Tosalet estaba llena de curvas, por lo que no me hacía ninguna gracia coger el coche de noche, esperaría al día siguiente con una gran sensación de tiempo perdido. No estaba aquí de vacaciones, no tenía tiempo de vacaciones. Las vacaciones eran para los jóvenes, para gente con toda la vida por delante, porque a mí me esperaba el largo descanso a la vuelta de la esquina.

Las bellas luces del puerto no significaban nada frente a las luces que se podrían estar encendiendo en el jardín de los Christensen. Esas luces tenían un sentido, eran señales que encajaban en mi mundo y que me guiaban hacia el infierno perdido. Caminé arriba y abajo del Paseo Marítimo, donde aún seguía abierto el puesto en que había comprado el sombrero, ideando un plan de acción. Por la mañana desayunaría pronto y subiría al Tosalet. Esperaría hasta que Fredrik saliese y le seguiría. Tomaría nota de lo que hacía. En dos o tres días tendría una idea de cuáles eran sus hábitos. Aunque se tratase de un oficial condecorado de las SS, maestro en escapar de país en país, en cambiar de casa, de ciudad, no podría escapar de la edad, y la edad está hecha y sobrevive a base de costumbres.

Aún no estaba seguro de cómo utilizaría la información que recogiese pero sabía que acabaría usándola. Conocer las costumbres de alguien y las personas con las que se relaciona es como conocer las puertas y ventanas de una casa, uno acaba viendo la forma de entrar. Porque, vamos a ver, ¿qué iba a hacer cuando verificase la auténtica identidad de Fredrik? ¿Capturarlo y llevarle

ante un tribunal acusándole de crímenes horribles, impensables en un ser humano? Ese tiempo había pasado, ya no se juzgaba a nazis ancianos. Como mucho, se esperaba que muriesen y que con ellos muriese el problema de tener que extraditarlos, juzgarlos, encarcelarlos y remover una vez más tanta mierda negra y apestosa. Y pensé, contemplando las estrellas, que aunque viejos y en las últimas aquí estábamos todavía Fredrik y yo, y que podíamos levantar la cabeza y admirar su hermosa luz. Y pensé que aún se podría conseguir que a ese cerdo le temblaran las piernas y que yo pudiera morirme con la conciencia tranquila por el deber cumplido. Ya sé que Raquel me preguntaría que a quién quería engañar, diría que lo hacía por puro placer y satisfacción míos, y puede que tuviese razón, pero qué más daba el nombre que se le diese a lo que yo sentía.